

—¡Es inútil!—añadió el periodista. Y hasta conviene que no comprendáis nada.

—Pero, en fin...

—¡No, no; no puedo deciros nada!

—¿Cuándo me diréis algo que me haga comprender vuestra inverosímil conducta? Rouletabille le detuvo, y declaró solemnemente:—Señor Kuprian, acordaos de lo que, elevando al cielo sus bellos ojos, respondió Natacha a su padre, que también quería comprender:

¡Nunca!

ALAS diez de la mañana se presentó Rouletabille en la quinta Trebassof, que había recobrado su guardia de agentes secretos; guardia doble, porque Kuprian estaba persuadido de que los nihilistas no tardarían en querer vengar la muerte de Miguel. Rouletabille sólo fué recibido por Ermolai, que no le dejó entrar. El intendente le dió en ruso explicaciones que el joven no comprendió; o mejor dicho, Rouletabille comprendió muy bien que en adelante la puerta de aquella casa estaba para él cerrada. En efecto; fué en vano que pretendiera ver al General, a Matrena ni a Natacha. El otro no respondía más que: “*¡Niet, niet, niet!*” Volvióse, pues, el repórter sin haber visto a nadie.

Su aire era en extremo melancólico. Regresó de la quinta a pie dando un largo paseo, durante el cual le agitaron los pensamientos más sombríos. Como pasase cerca de la oficina de policía, resolvió ver a Kuprian. Entró, en efecto, y se hizo anunciar.

Llevado inmediatamente a la presencia del superior, le encontró examinando un largo informe que acababa de compulsar con cierta agitación.

—He aquí lo que me envía Gounsovski—dijo con su voz más ruda y mostrando el informe.—“Para prestarme un servicio”, Gounsovski me hace saber que no ignora nada

de lo que ha ocurrido esta noche en la quinta Trebassof, y me advierte que los revolucionarios han resuelto aniquilarla, o más bien al General, y que dos de ellos han recibido la misión de introducirse en la casa con un pretexto cualquiera. La forma del atentado será la siguiente: llevarán consigo bombas *que harán estallar sobre sí mismos* una vez que se hallen al lado del General. ¿Cuáles son las dos víctimas designadas para esta horrible venganza, y que han aceptado de buen grado la muerte por explosión? He ahí lo que tal vez supiéramos si no me hubieseis impedido apoderarme de los papeles que ahora se hallan en poder del príncipe Galitch—terminó Kuprian, volviéndose hacia Rouletabille con ademán hostil.

El joven palideció.

—No lamentéis haber perdido esos papeles—dijo el repórter:—soy yo quien os lo dice. Pero lo que me anunciais no me sorprende. *Deben de creer que Natacha les ha hecho traición.*

—¡Ah! ¿Veis cómo verdaderamente es su cómplice a sabiendas?

—No he dicho eso, ni puedo creerlo. Pero yo me entiendo, y vos no podéis comprenderme. Sabed solamente una cosa: que en este momento soy el único que puede salvaros de esta horrible situación. Por eso es preciso que inmediatamente vea a Natacha. Hacédselo saber: no saldré de mi hotel.

Y después de haber saludado a Kuprian, Rouletabille se alejó.

Pasaron dos días, durante los cuales Rouletabille no recibió ninguna noticia de Natacha ni de Kuprian, y en vano intentó ver a una y otro. Hizo un viaje de algunas horas a Finlandia, llegó hasta Pergalowo, estuvo solo en la frontera, en un país y por unos caminos que, según

decían, eran muy frecuentados por los revolucionarios; luego volvió muy inquieto a su hotel, después de haber escrito una última carta a Natacha implorando una entrevista. Los minutos pasaban para él con desesperante lentitud en el vestíbulo del hotel, del cual parecía haber hecho su morada definitiva.

Instalado en una banqueta, parecía formar parte del personal de la casa, y más de un viajero le tomó por un intérprete. Otros creyeron que sería un agente de la policía secreta encargado de espiar a los que entraban y salían. ¿Qué esperaba? ¿Que Annouchka fuera a comer o a cenar en aquel sitio, que en otro tiempo tanto había frecuentado? ¿Vigilaba el cuarto de Annouchka, que estaba enfrente? En tal caso, debía de estar muy disgustado, porque Annouchka no había parecido por su casa ni por el hotel, ni aun por el establecimiento de Krestowsky, que se vió obligado a suprimir su número de canto. Rouletabille pensaba, naturalmente, que en todo aquello debía de haber alguna venganza de Gounsovski, a quien no le sería posible olvidar la manera ignominiosa como le habían tratado. El repórter veía ya a la pobre cantante, a pesar de todas sus protecciones y del reconocimiento de la Familia Imperial, tomar el camino de las estepas siberianas o de los calabozos de Schlusselfurgo.

—De todos modos, ¡qué país!—murmuraba.

Pero su pensamiento pronto se apartaba de Annouchka para volver al objeto de su única preocupación. No esperaba ni quería más que una cosa, y lo más rápidamente posible: ver a Natacha. Le había escrito diez cartas en dos días, pero todas quedaron sin respuesta; y esta respuesta es lo que con tanta paciencia, pero nervioso y febril, esperaba en el vestíbulo.

Cuando entraba el cartero, el corazón del pobre Rouleta-

bille latía vigorosamente. Es que de la respuesta que persistía en esperar dependía el formidable papel que estaba resuelto a desempeñar antes de salir de Rusia. Hasta entonces nada había hecho, si no ganaba aquella partida.

Pero la carta no llegaba. El cartero se iba, y después de haber examinado todos los sobres, el *schwitzar* le hacía un signo negativo. ¡Ah! ¡Cómo escudriñaba a los criados y mozos que entraban! Pero nadie iba en su busca. Por último, el segundo día, a las seis de la tarde, apareció un hombre que vestía paletó con cuello de falso astracán, y entregó al portero una carta para Rouletabille. El repórter saltó como un autómeta. Mientras el hombre desaparecía, rompió el sobre y leyó el escrito. Al principio sufrió una inmensa decepción: la carta no era de Natacha, sino de Gounsovski, y he aquí lo que decía:

“Mi querido señor José Rouletabille: Si no os desagrada, os ruego que vengáis hoy a cenar conmigo. Acabo de recibir unos pajaritos muy sabrosos, que confío en que habrán de gustaros. Os espero hasta las nueve. Mme. Gounsovski se alegrará mucho de conoceros. Creed que soy vuestro más devoto amigo, Gounsovski.”

Rouletabille reflexionó, y dijo:

—Iré. Debe de tener barruntos de lo que se prepara, y por mi parte no sé dónde andará Annouchka. Más puedo yo esperar saber de él que él de mí. Por último, como dice Atanasio Georgevitch, siempre hay que lamentar no haber aceptado una invitación amistosa del jefe de la *Okrana*.

De seis a siete esperó en vano todavía la respuesta de Natacha. A las siete pensó en hacer su tocado; pero en el momento de levantarse llegó un mandadero. Llevaba otra carta para Rouletabille, y esta vez era de la joven, que le decía:

“El general Trebassof y mi madrastra se alegrarían mucho de que vinierais hoy a cenar con ellos. En cuanto a mí, caballero, me perdonaréis la consigna que durante algunos días os ha cerrado una casa donde habéis prestado servicios que no olvidaré en la vida.”

Terminaba con una inexpresiva fórmula de cortesía. El repórter quedó pensativo con la carta en la mano. Parecía preguntarse: “¿Es sinceridad, o hipocresía? ¿Era aquella carta una expresión de gratitud, o una amenaza?” Esto es lo que nadie hubiera podido decir. En último caso, bien pronto estaría informado, porque estaba completamente resuelto a aceptar la invitación. Todo acontecimiento que en aquellos instantes le acercara a Natacha, tenía capital interés. Media hora después daba a un *isvotchik* la dirección de la quinta de Elaguine, y no tardó en bajar delante de la verja, donde Ermolai parecía esperarle.

Tan preocupado estaba con el pensamiento de la entrevista que iba a tener con Natacha, que había olvidado en absoluto al excelente M. Gounsovski y su invitación.

El repórter encontró a todos los agentes de Kuprian formando una cadena infranqueable alrededor de la casa y *vigilándose unos a otros*. Matrena no había querido que ninguno de ellos permaneciera *en el interior*. Enseñó la orden de Kuprian, y pasó.

Ermolai saludó a Rouletabille con rostro placentero. Parecía muy satisfecho de volver a verle. Le saludó haciéndole cumplimientos de los cuales el repórter no entendió jota, y que casi tuvieron el don de irritarle. Rouletabille pasó de largo, entró en el jardín, y en seguida vió a Matrena Petrovna, que se paseaba con su hijastra en la mejor armonía. En toda la casa reinaba perfecta tranquilidad, y sus habitantes parecían haber olvidado completamente

la sombra trágica de noches anteriores. Matrena y Natacha salieron a su encuentro sonriendo al joven, que pidió noticias del General. Ambas se volvieron, y le mostraron a Feodoro Feodorovitch, que le hacía signos amistosos desde lo alto del kiosco, donde, al parecer, ya estaba instalado todo el servicio de los *zakouskis*: sin duda iban a cenar fuera de la casa para gozar de la serenidad de la noche.

—¡Va muy bien, muy bien, querido *domovoi*!—decía Matrena.—¡Qué contento va a ponerse cuando os vea y os dé las gracias! Y yo también. ¡Si supierais cuánto he sufrido por vuestra ausencia, yo que sabía cuán injusta había sido mi hija con vos! Esta querida Natacha sabe ya cuánto os debe, y no duda de vuestra palabra ni de vuestra inteligencia, querido enviado de Dios. Miguel Nikolaievitch era un monstruo, y ha llevado su merecido. Sabed que la policía tiene pruebas concluyentes de que era uno de los más peligrosos agentes del Comité central. ¡El! ¡Un oficial! ¿De quién fiarse, pues? ¿De quién fiarse?

—Y a M. Boris Mourazof, ¿habéis vuelto a verle?—preguntó Rouletabille.

—Boris vino a vernos ayer para despedirse; pero, cumpliendo las órdenes de la policía, no le hemos recibido. Natacha le ha escrito para hacerle saber la consigna de Kuprian. Hemos recibido cartas de él. Se marcha de San Petersburgo.

—¿Cómo así?

—Sí. Después del espantoso drama que ha ensangrentado su morada de Kristowski, cuando supo las circunstancias en que Miguel Nikolaievitch halló la muerte, y después de haber sufrido un serio interrogatorio de la policía y de comprobar que la policía había registrado su biblioteca y saqueado sus papeles, ha presentado la dimisión, y resuelto ir a vivir en adelante en medio de los campos, sin

ver a nadie, como poeta y filósofo que es. Por mi parte, le doy en todo la razón. Cuando uno es poeta, es inútil vivir como soldado. Lo ha dicho alguien cuyo nombre no recuerdo; y cuando se tienen ideas que pueden estremecer a todo el mundo, en verdad es preferible vivir solo.

Rouletabille miró a Natacha, que estaba tan pálida como su pechero, y que no agregó una sílaba a la palabrería de su madrastra. Habían llegado al kiosco. Rouletabille saludó al General, que le gritó que subiera; y como el joven le tendiera la mano, tiró de él bruscamente hacia sí y le abrazó. Para demostrar a Rouletabille que estaba muy mejorado, Feodoro Feodorovitch anduvo por el kiosco con el único apoyo de un bastón. Iba y venía con una especie de vivacidad enfermiza y furiosa.

—¡No pueden conmigo! ¡No pueden conmigo!—repetía.—He ahí uno (pensaba en Miguel Nikolaievitch) que me veía a diario, y *que venía a aniquilarme*. Pues bien; os pregunto: ¿dónde está ahora? Y yo continué aquí. Siempre fallan todas las tentativas de asesinato. Sigo con la cabeza firme, y voy teniendo firmes las piernas. ¡Oh; ya se verá! Mirad: recuerdo que cuando estuve en Tiflis hubo una insurrección en el Cáucaso, y fué dominada. Muchas veces he sido literalmente pasado por las armas. En torno mío mis camaradas caían como moscas. A mí nunca me tocó una bala. ¡Bah! ¡No pueden conmigo! ¿Sabéis que ahora piensan venir sobre mí como *bombas vivientes*? Sí; quieren apelar a ese recurso extremo. Ya no podré estrechar la mano de un *amigo* sin temor de verle estallar. ¿Qué os parece? ¡Pero no podrán conmigo! ¡Vaya, bebamos a mi salud! ¡Un vasito de *votka* que nos abra el apetito! Ya veis, joven, que vamos a tomar aquí los *zakouskis*. ¡Qué panorama tan maravilloso! Todo se domina desde aquí. ¡Si el ene-

migo viene—añadió con una risa singular,—no dejaremos de descubrirle!

En efecto; el kiosco se elevaba a cierta altura sobre el jardín, y estaba completamente aislado, sin apoyarse en ningún muro. Tenía una claraboya, y no caía sobre su techo ninguna rama de follaje. Ningún árbol impedía ver por parte alguna. Sobre la mesa campestre de rústica madera habíase extendido un pequeño mantel, ya cubierto de *zakouskis*. Era una comida servida a cielo abierto. El tiempo era deliciosamente hermoso; y como el General estaba contento, la comida no hubiera podido anunciarse bajo mejores auspicios si ya no hubiese advertido Rouletabille que Matrena y Natacha estaban lúgubres. Y aun el repórter no tardó en convecerse de que la jovialidad del General era algo excesiva para no ser forzada. Hubiérase dicho que Feodoro hablaba para aturdirse, para no pensar en nada, lo cual sin duda alguna era muy excusable después del inaudito drama de la otra noche. El periodista notó también que el General no miraba a su hija ni aun cuando se dirigiera a ella. Mediaba entre ambos un misterio harto formidable para que aquella tirantez no fuera acentuándose más cada día. A su vez, Rouletabille involuntariamente movió la cabeza sintiéndose muy triste. Aquel movimiento fué sorprendido por Matrena, que le estrechó la mano en silencio.

—Y bien, hijos míos—dijo el General;—¿dónde está esa *votka*?

Entre las botellas que guarnecían la mesa de los *zakouskis*, el General buscaba en vano el frasco de *votka*. ¿Cómo cenar sin haberse preparado a tan importante acto bebiendo dos o tres vasitos de aquel suave aguardiente entre dos o tres rebanadas de caviar?

—Ermolai la habrá dejado olvidada en la cueva—dijo Matrena.

La cueva estaba en el comedor; y ya se disponía a ir a buscar el licor, cuando Natacha bajó rápidamente la escalera, gritando:

—¡Quédate, *mamá*; yo iré por ella!

—¡No os molestéis!—exclamó Rouletabille.—¡Yo sé dónde está!

Y se lanzó detrás de Natacha, que no interrumpió su carrera. Los dos jóvenes llegaron al mismo tiempo al comedor. Estaban solos. Era lo que había previsto Rouletabille. Allí detuvo a Natacha, y colocándose frente a ella le dijo:

—Señorita, ¿por qué no habéis contestado antes a mis cartas?

—Porque no quiero tener con vos ninguna entrevista.

—Si así fuera, no hubierais venido hasta aquí, donde podíais estar segura de que os seguiría.

Vaciló la joven, presa de una emoción incomprensible para otro que no fuera Rouletabille.

—Pues bien, sí. He querido deciros: ¡no volváis a escribirme, no volváis a hablarme! ¡Partid, caballero, partid! ¡Va en ello vuestra vida! Y si habéis adivinado algo, olvidadlo. ¡Ah! ¡Por la memoria de vuestra madre, olvidadlo todo, o estáis perdido! Eso es lo que quería deciros. Ahora, marchaos.

Y diciendo esto le estrechó la mano con un impulso de verdadera simpatía, de que pareció arrepentirse en el acto.

—¡Idos!—repitió.

Rouletabille la retuvo a pesar suyo; pero la joven se desasíó de él: no quería escucharle.

—Señorita—dijo el repórter,—estáis más vigilada que nunca. ¿Quién reemplazará a Miguel Nikolaievitch?

—¡Callad, desgraciado!

—¡Contad conmigo para eso!

Esto fué dicho con tanta resolución, que brotaron lágrimas en los ojos de Natacha.

—¡Amigo mío!—exclamó.—¡Mi valiente amigo!

No acertaba a decir más; la emoción le impedía pronunciar una palabra; y, sin embargo, era preciso hacerle comprender que nada podía hacer en aquel asunto, que no podía tener ninguna intervención en aquella triste historia.

—¡Nunca!—replicó.—Si ellos supiesen lo que acabáis de decirme, de proponerme, moriríais mañana! ¡Que no lo sospechen siquiera! Y sobre todo, no intentéis volver a verme. Id en seguida con papá. Ya hace sobrado tiempo que estáis aquí. ¡Si ellos lo saben!... ¡Porque ellos lo saben todo..., están en todas partes, tienen oídos por doquiera!

—¡Señorita, una palabra más; una sola! ¿Dudáis todavía que Miguel quiso envenenar a vuestro padre?

—¡Ah! ¡Quiero creerlo! ¡Quiero creerlo por vos, pobre hijo mío!

Rouletabille preguntaba, o, más bien, esperaba otra cosa. Aquella frase “¡quiero creerlo por vos, pobre hijo mío!” estaba lejos de satisfacerle. La joven le vió palidecer, e intentó tranquilizarle mientras sus manos temblorosas levantaban la trampilla de la cueva.

—Lo que me hace creer que tenéis razón, es que yo también he comprendido que, como vos decís, no es más que una sola y misma persona la que ha subido por la ventana. ¡Sí, sí; no es posible dudar de eso! ¡Tenéis razón!

Pero el repórter la hostigó diciendo:

—Y, sin embargo, a pesar de eso, no estáis completamente segura, supuesto que decís: “¡Quiero creerlo, pobre hijo mío!”

—Señor Rouletabille, se puede haber intentado envenenar a mi padre, y no haber entrado por la ventana.

—¡Ah, no! ¡Es imposible!

—¡Nada es imposible para ellos!

Y volvió a mover expresivamente la cabeza.

—¡Vaya, vaya!—añadió con una voz de todo punto distinta y en absoluto indiferente, como si quisiera no ser para el joven más que “la señorita de la casa”.

—¡Vaya! ¡La *votka* no está en la cueva! ¿Qué habrá hecho de ella Ermolai?

Corrió al aparador, y encontró el frasco.

—¡Ah! ¡Hela aquí! ¡Papá va a quedar contento!

Rouletabille ya había bajado al jardín.

—Si no tiene otro fundamento para *dudar*—decía para sí,—puedo tranquilizarme: no se puede entrar más que por la ventana. No ha venido más que *uno*, y ese *uno era él*.

La joven se reunió con él llevando el frasco, y juntos fueron al lado del General, que esperando la *votka*, se entretenía en explicar a Matrena Petrovna lo que era la Constitución. Había vaciado una caja de cerillas sobre la mesa, y las ordenaba cuidadosamente.

—¡Venid!—gritó a Natacha y a Rouletabille.—¡Venid que os explique lo que es la Constitución!

Los jóvenes se inclinaron con curiosidad para ver la demostración, y todos los ojos estaban en el kiosco fijos en las cerillas.

—¿Veis esta cerilla?—decía Feodoro.—Es el Emperador; y esta otra, la Emperatriz; y ésta es el Czarewitch; y ésta, el gran duque Alejandro Nicolaievitch; y estas otras, los grandes duques. He aquí ahora los ministros, y luego los principales *tchinowicks*, y después, los generales. Éstos son los arzobispos.

Todas las cerillas estaban en formación, y cada cual ocupaba su puesto como conviene en un Imperio donde la etiqueta no ha perdido ninguno de sus derechos.

—Pues bien—continuó el General;—¿quieres saber, Matrena Petrovna, lo que es una Constitución? Aquí la tienes; he aquí lo que es la Constitución.

Y de un manotazo el General mezcló todas las cerillas.

Rouletabille reía; pero Matrena Petrovna dijo:

—No lo comprendo, Feodoro.

—¡Busca ahora al Emperador!

Entonces Matrena comprendió, y rió a carcajadas. Natacha reía también. Encantado de la buena acogida que había tenido su juego, Feodoro Feodorovitch tomó uno de los vasitos que Natacha había llenado de *votka* al llegar.

—Oídme, hijos míos—dijo:—vamos a dar un asalto a los *zakouskis*. Ya debía estar aquí Kuprian.

Diciendo esto, mientras tenía el vasito en una mano, con la otra buscó el reloj en el bolsillo del chaleco, y sacó una magnífica saboneta, cuyo tic tac se oía distintamente.

—¡Ah! ¿Ha vuelto el reloj de casa del relojero?—preguntó Rouletabille sonriendo a Matrena Petrovna.—A lo que parece, es magnífico.

—¡Es una alhaja!—dijo el General.—Vedla. Procede de mi abuelo. Marca los segundos y las fases de la Luna, y da las horas y las medias.

Rouletabille se inclinó sobre el reloj para admirarle.

—¿Esperáis a Kuprian para cenar?—preguntó el joven, sin dejar de mirar el reloj.

—Sí; pero ya que tarda tanto, peor para él. ¡A vuestra salud, hijos míos!—dijo el General, guardando en el bolsillo la saboneta que le devolvía Rouletabille.

—¡A vuestra salud, Feodoro Feodorovitch!—respondió Matrena con su acostumbrada ternura.

Rouletabille y Natacha no hicieron más que mojar los labios en la *votka*; pero Feodoro y Matrena bebieron su aguardiente a la rusa, de un solo trago, empinando el codo,

vaciando el vaso y haciendo pasar el contenido al fondo de la garganta. Apenas lo hubieron hecho, el General lanzó un juramento formidable, y procuró arrojar lo que de tan buena gana había tragado. Por su parte, Matrena escupía también, mirando con espanto al General.

—¿Qué es esto?—exclamó Feodoro.—¿Qué han echado en la *votka*?

—¿Qué han echado en la *votka*?—repitió Matrena con voz sorda y los ojos descajados.

Ambos jóvenes se precipitaron sobre los dos desgraciados. El rostro de Feodoro tenía una expresión de espanto-sufrimiento.

—¡Nos han envenenado!—exclamó entre dos arcadas.—¡Yo me abraso!

Próxima a enloquecer, Natacha cogió con ambas manos la cabeza de su padre, y le decía:

—¡Vomita, papá, vomita!

—¡Hay que ir por algún vomitivo!—dijo Rouletabille, sosteniendo al General, que había caído en sus brazos.

Matrena, que hacía violentos esfuerzos, echó a correr kiosco abajo, atravesó el jardín corriendo, como si tuviera las ropas incendiadas, y saltó a la galería. Durante este tiempo el General se alivió algo, gracias a que Rouletabille le metió en la boca una cuchara. Natacha no hacía más que gemir: “¡Dios mío, Dios mío!” Feodoro se oprimía el vientre, repitiendo: “¡Me abraso, me abraso!” La escena era horrorosamente trágica, y burlesca a la vez. Para hacerla más cómica todavía, *el reloj del General empezó a dar las siete en el bolsillo*. Feodoro Feodorovitch se irguió con un esfuerzo supremo. “¡Oh; es espantoso!”—decía. Matrena acudió a él con el rostro rojo, violáceo. Se ahogaba: respiraba estertorosamente; pero llevaba en las manos un saquito que agitaba febrilmente, y del cual, tem-

blando como una azogada, vertió cierta cantidad de polvo en los dos primeros vasos vacíos que halló a su alcance, y que eran donde ella y el General habían bebido. Aún tuvo fuerzas para llenarlos de agua, porque Rouletabille seguía inhabilitado teniendo al General en brazos, y Natacha no se preocupaba ni miraba más que a su padre, inclinada sobre él como para seguir los progresos del terrible veneno, para leer en sus ojos si debía esperar la salvación o la muerte.

—¡Ipecacuana!—murmuró Matrena; y ella misma se la dió a beber al General. Hasta después que él, no quiso beber la heroica dama, que necesitó hacer esfuerzos sobre-humanos para ir a buscar en su botiquín el saludable antídoto, a pesar de que el dolor empezaba a atenazarle las entrañas.

Algunos minutos después podía considerarse que los dos se habían salvado. Los sirvientes, con Ermolai a la cabeza, acudieron al fin en su ayuda. Reunidos en la portería, parece ser que no se habían enterado del drama, ni oído los gritos de Natacha y de Rouletabille. También Kuprian acababa de llegar, y él fué quien se ocupó con Natacha en acostar a los enfermos. En seguida encargó a uno de sus guardias que fuese en busca de los médicos más próximos que hallase.

Luego el jefe de policía se dirigió al kiosco, donde se había quedado Rouletabille; pero el periodista no estaba ya, y el frasco de la *votka* y los vasos usados también habían desaparecido. Ermolai estaba a pocos pasos de allí, y Kuprian le preguntó adónde había ido el joven francés. El intendente respondió que acababa de marcharse llevándose el frasco y los vasos. Kuprian prorrumpió en enérgicos juramentos, zarandó a Ermolai, y hasta quiso aporrearle por haber permitido que tal cosa hubiera pasado a

sus ojos sin que se hubiera atrevido a protestar. Ermolai, que era hombre muy altivo, esquivó el puño de Kuprian, y replicó que había querido oponerse al acto del joven francés; pero que éste le había mostrado una orden de la policía en que el mismo Kuprian aprobaba de antemano cuanto hiciera el periodista.

XII. — EL PADRE ALEJO

KUPRIAN montó en su calesa, que le esperaba a la puerta, y dió orden de que el coche se dirigiera inmediatamente a San Petersburgo. Ya en marcha, tuvo ocasión de hablar a tres agentes cuya presencia en aquel punto de Elaguine tal vez él solo conocía. Aquellos agentes le informaron sobre el camino seguido por Rouletabille. Seguramente el repórter había entrado en la ciudad. El coche voló hacia el puente Troitsky. Allí, en una esquina de la Naberjnaia, Kuprian tuvo la fortuna de divisarle en el fondo de un *isvo*. Rouletabille dió, a la rusa, puñetazos en la espalda a su cochero para que apresurase la marcha. Al mismo tiempo gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones una de las pocas palabras que había tenido tiempo de aprender: “¡Naleva! ¡Naleva!” (¡A la izquierda!) El *isvotchick* tenía por fuerza que comprender, porque en verdad sólo podía volver hacia aquel lado. Si hubiera girado a la derecha (*naprava*) se hubiera arrojado al río. El cochecillo rodó por los guijarros puntiagudos de un barrio que concluía en una callejuela: *Aptickarski-percoulok* en un recodo del canal Catalina. En aquella *calle de los Farmacéuticos* no había ni uno solo; pero sí un curioso rótulo de herbolario, ante el cual Rouletabille hizo parar su *isvotchick*. Casi al mismo tiempo la calesa alcanzó al otro

vehículo. Rouletabille reconoció a Kuprian; mas no por eso suspendió su carrera, sino que gritó:

—¡ Ah! ¿ Sois vos? ¡ Pues bien; seguidme!

Llevaba en las manos el *frasco y los vasos*. Kuprian no pudo menos de notar la singularidad de su fisonomía. Penetró con él en el fondo de un patio en un sórdido almacén.

—¡ Cómo!—dijo Kuprian.—¿ Conociáis al padre Alejo?

Hallábanse en una extraña prendería. En el techo, entre hierbas secas colgadas, había guirnaldas de botas viejas de cuero graso, pieles rígidas, cacerolas antiguas, ferretería, cueros de carnero, cuerdas inútiles, y en el suelo, un batiburrillo de ropas inservibles, blusas desechadas, pieles calvas, y pellizas de carnero que un *mujik* de los pantanos hubiera desdeñado. Acá y allá se veían retazos de encajes, andrajos, sombreros de mujer, y luego, extrañas hierbas en frascos de boca ancha ordenados en unos estambóticos anaqueles vacilantes, desvencijados desde hacía siglos; un mostrador donde entre un par de balanzas y un contador de gruesas bolas de madera que servía para hacer los cálculos de aquel singular comercio, había iconos desdorados, dos cruces de plata oxidada, pinturas bizantinas que representaban escenas del Viejo y del Nuevo Testamento, y además, frascos llenos de alcohol en que parecían nadar esqueletos de ranas. Por último, en un rincón de la vasta y sombría pieza, bajo una bóveda de piedra musgosa, un altarcito donde ardía delante de las santas imágenes una mecha sumergida en un vaso de aceite. Delante del altar oraba un hombre. Llevaba el tradicional traje ruso, el caftán de tela verde abrochado con un botón en el hombro y ceñido al talle con un estrecho cinturón. Tenía una barba frondosa, y largos cabellos que le caían sobre los hombros. Cuando terminó su plegaria, se levantó, vió

a Rouletabille, y se apresuró a estrecharle la mano, diciéndole en francés:

—¡ Cómo! ¿ Otra vez aquí, joven? ¿ También ahora me traes veneno? Verás cómo esto acabará por saberse, y que la policía...

En aquel momento distinguió a Kuprian en la penumbra; se acercó a él hasta ponerse a dos dedos de sus narices, le reconoció, y cayó de rodillas. Rouletabille quiso levantarlo; pero continuó de hinojos. Estaba persuadido de que el jefe superior de policía iba a su casa para prenderle. Por último le tranquilizaron las palabras de Rouletabille y la risa de Kuprian.

El jefe de policía quiso saber cómo el joven conocía al *cirujano de los gendarmes*, y en pocas palabras Rouletabille le puso al corriente.

En su juventud, el padre Alejo había ido a Francia a pie para hacer sus estudios de Farmacia, porque sentía por la Química singularísima vocación; pero, como suele decirse, no lograba desechar el pelo de la dehesa, siguió siendo un oso de Oriente, y no le fué posible asimilarse la ciencia oficial. Hizo algunas matrículas; pero nunca conseguía pasar en los exámenes. Hasta cumplidos los cincuenta años vivió miserablemente como dependiente de Farmacia en el fondo de una oscura botica del barrio de Nuestra Señora. El dueño de aquella oficina estuvo comprometido en el famoso asunto de los *lingotes de oro*, donde comenzó la reputación de Rouletabille, y fué enviado a la cárcel con su ayudante. Rouletabille probó como la luz del día que el pobre Alejo era inocente y que siempre había ignorado las trapacerías de su principal, limitándose a entregarse en el fondo de su laboratorio a trabajos de Alquimia, ya olvidados desde la Edad Media. Alejo fué absuelto en el proceso; pero quedó en medio de la

calle. Derramó en el chaleco del repórter todas las lágrimas que le quedaban, prometiéndole el Paraíso si le daba medios para repatriarse, porque ya no deseaba más que una cosa: ver su país amado antes de morir. Rouletabille hizo las diligencias necesarias, y Alejo fué expedido a San Petersburgo. Allí, pasados dos días, en una limpia general fué barrido por la policía y llevado a una prisión, donde en seguida encontró oportunidad de dar a conocer su talento. Curó a algunos compañeros de miseria, y aun a sus mismos guardianes. Un gendarme que tenía una herida en una pierna, de la cual no esperaba verse libre, fué curado también. En realidad no había nada de qué acusar al padre Alejo. Le soltaron, pues, hasta le dieron las gracias, y le buscaron un modesto empleo en el *Stchoukine-dvor*, prodigioso bazar popular, equivalente a nuestro Temple, si nosotros tuviéramos todavía "el Temple". Ahorró algunos rublos, y fué a instalarse por su cuenta en el fondo de un patio de *Aptiekarski pereoulók*, donde amontonó una porción de guñapos que ni en el *Stchoukine-dvor* hubieran querido. Pero era feliz, porque detrás de su almacén había instalado un pequeño laboratorio, donde proseguía con placer sus experimentos de Alquimia y sus estudios de Botánica. Se proponía escribir un libro, del cual ya había hablado en Francia a Rouletabille, para probar la verdad del "Tratamiento empírico de los simples, de la ciencia de los algebristas y de la práctica secular de los hechiceros". Entretanto, seguía curando a todos los que se sometían a sus cuidados en general, y en particular a la policía. Los gendarmes habían aprendido el camino de su antro. El pobre hombre tenía emplastos soberanos para "después del escándalo" (1), y cuando los médicos del barrio quisieron perseguirle por ejercicio

(1) Así se llama allí a los motines.

ilegal del arte, una diputación de gendarmes fué a ver a Kuprian, que tomó a su cargo el arreglo del asunto. Le pusieron bajo la protección de los santos, y el padre Alejo no tardó en tener en sí mismo algo de santidad. Nunca faltaba a la Navidad, ni a la Pascua rusa, ni dejaba de enviar a Rouletabille sus más bellas imágenes, deseándole mil prosperidades, y diciéndole que si alguna vez iba a San Petersburgo, tendría mucho gusto en recibirle en *Aptiekarski-pereoulók*, donde estaba honradamente establecido de herbolario. Como todos los verdaderos santos, el padre Alejo era un hombre modesto.

Cuando se repuso un poco de su emoción, le dijo Rouletabille:

—Padre Alejo, también ahora es veneno lo que os traigo; pero no tenéis nada que temer, supuesto que me acompaña Su Excelencia el jefe de policía. He aquí lo que deseo: que nos digáis qué veneno contienen estos cuatro vasos, este frasco y esta botellita.

—¿Qué botella es ésta?—preguntó Kuprian, viendo la que Rouletabille sacaba del bolsillo.

El repórter respondió:

—He echado en ella la *votka* que contenía el vaso de Natacha y el mío, a la cual apenas hemos tocado.

—Entonces, ¿es a vos a quien han querido envenenar? ¡Señor mío Jesucristo!—exclamó el padre Alejo.

—No, no era a mí—replicó Rouletabille—. No penséis en eso. Haced simplemente lo que os digo. Por último, analizaréis también estas servilletas.

Y sacó del pardsú dos servilletas manchadas.

—¡Muy bien!—dijo Kuprian.—¡Habéis pensado en todo!

—Son las servilletas del General y de su mujer.

—¡Bien, bien! ¡Ya comprendo!—dijo el jefe de policía!

—Y tú, Alejo, ¿has comprendido?—interrogó el repórter.—¿Cuándo sabremos el resultado de tus análisis?

—Dentro de una hora lo más tarde.

—Perfectamente—dijo Kuprian.—Ahora no tengo necesidad de decirte que has de echarte un nudo a la lengua. Te dejaré aquí uno de mis hombres. Cuando hayas concluído, escíbeme unas letras, mételas en un sobre, y que me las lleve a la oficina de policía. ¿Estás enterado? Hasta dentro de una hora.

—Dentro de una hora, Excelencia.

Y salieron, mientras Alejo los seguía haciendo profundas reverencias. Kuprian hizo subir en su coche a Rouletabille. El joven consintió en ello. Hubiérase dicho que no sabía dónde estaba ni lo que hacía. Ni siquiera contestaba a las preguntas del jefe de policía.

—Ese padre Alejo—dijo Kuprian—es un hombre extraño, muy extraño; y para mí, un verdadero zorro. Ha visto que el padre Juan Cronstad prosperaba, y se ha dicho para su capote: “Ya que los marinos tienen su padre Juan de Cronstad, ¿por qué los gendarmes no han de tener su padre Alejo en *Aptiekarski-pereoulok*?”

Pero Rouletabille seguía callado. Kuprian acabó por preguntarle qué tenía.

—¡Tengo—respondió Rouletabille, que no podía dominar su angustia—*que el veneno continúa!*

—¿Y eso os asombra?—contestó Kuprian.—A mí, no. Rouletabille le miró moviendo la cabeza, y dijo con temblorosos labios:

—Conozco vuestro pensamiento, que es abominable; pero, ciertamente, lo que yo he hecho es más abominable todavía.

—¿Pues qué habéis hecho, señor Rouletabille?

—¡Tal vez he matado a un inocente!

—Mientras no estéis seguro de ello, no debéis desconsolaros, mi querido amigo.

—Es bastante la duda para que no viva en paz—contestó el repórter;—y exhaló un suspiro tan doloroso, que el excelente Kuprian tuvo piedad del joven.

Le golpeó amigablemente una rodilla, y dijo:

—¡Vamos, amigo mío! Es preciso que sepáis una cosa. No se hace una tortilla sin cascar algunos huevos: creo que así es como se dice en París.

Rouletabille se apartó con el corazón lleno de espanto. ¡Ah! ¡Si fuera *otro, otro* que Miguel! ¡Si hubiera sido otra mano, y no la suya, la que se les apareció a Matrena y a él la noche misteriosa! ¡Si Miguel Nikolaievitch fuese inocente! ¡Ah! ¡Sin duda se mataría! Las terribles palabras que había cambiado con Natacha acudían a su memoria, y sonaban en sus oídos ensordeciéndole: “¿Dudáis todavía—le había preguntado—que Miguel quiso envenenar a vuestro padre?” Y Natacha respondió: “*Quiero creerlo! ¡Quiero creerlo por vos, pobre hijo mío!*” Y lo que recordaba después era más espantoso todavía.

“*Se puede haber intentado envenenar a mi padre, y no haber entrado por la ventana.*” Había rechazado semejante hipótesis; pero a la sazón que el veneno continuaba... continuaba en el interior de aquella casa, donde tan bien creía conocer las personas y las cosas... *continuaba cuando ya Miguel Nikolaievitch había muerto...*

¡Ah! ¿De dónde podía venir aquel veneno? ¿Y qué era? ¿Que el padre Alejo se apresurara a hacer su análisis, si sentía algún reconocimiento por el pobre Rouletabille!

¡Dudar él, Rouletabille! ¡Y en un asunto en que había un cadáver, un hombre muerto por su culpa! ¡Dudar era un suplicio mil veces más horrible que la muerte!

Cuando llegaron a la oficina de policía, Rouletabille saltó

del coche de Kuprian, y, sin decirle una palabra, llamó a un *isvotchichk* que pasaba de vacío. En seguida se hizo conducir otra vez a casa del padre Alejo. Era superior a él: no podía esperar. Bajo la bóveda de *Aptiekariski-pereoulok* encontró al agente que Kuprian había situado allí con orden de llevarle el pliego del padre Alejo. El agente le miró con asombro. Rouletabille atravesó el patio, y penetró en el tenderete. El padre Alejo no se hallaba allí, naturalmente, pues estaba ocupado en su laboratorio. Pero un personaje a quien no reconoció al pronto atrajo la atención del repórter. En la penumbra del almacén, una sombra melancólica estaba inclinada sobre los viejos iconos del mostrador. Hasta que se enderezó lanzando un profundo suspiro, y hasta que iluminó su rostro un poco de claridad procedente del exterior, amarillenta y sucia por haber pasado a través de los vidrios, que no habían conocido el estropajo desde que los pusieron allí, Rouletabille no adivinó que se hallaba en presencia de Boris Mourazof. ¡Cómo! ¡Era aquél el brillante oficial cuya elegancia y atractivo había admirado a los pies de la bella Natacha en la quinta de Elaguine? Estaba sin uniforme; se había echado sobre la encorvada espalda un mal paletó, cuyas mangas le colgaban a los lados, y una bufanda de fieltro ocultaba a medias su trasformada fisonomía. En pocos días, en unas cuantas horas, ¡cuánto había cambiado! Pero su encuentro desagradó a Rouletabille. ¿Qué hacía allí? ¿Es que no iba a marcharse pronto? Había cogido del mostrador un icono cuya plata oxidada hacía brillar al lado de la ventana, considerándole con tanta atención, que el repórter creyó que podría llegar a la puerta del laboratorio sin ser notado. Ya tenía la mano en el picaporte de aquella puerta, situada detrás del mostrador, cuando oyó que le llamaban por su nombre.

—¿Sois vos, Sr. Rouletabille?—preguntó la triste voz de Boris.—¿Qué os trae por aquí?

—¡Cómo! ¡Si no me engaño, es el Sr. Boris Mourazof! ¡Ah! ¡No esperaba hallaros en casa del padre Alejo!

—¿Por qué, Sr. Rouletabille? Todo se encuentra en casa del padre Alejo. Mirad: he aquí dos antiguos iconos de madera adornados con cinceladuras, que vienen directamente de los Athos, y que os aseguro que no tienen semejante en *Gastini-Dvor*, ni aun en *Stchou-Kine-Dvor*.

—¡Sí, sí; es muy posible!—dijo Rouletabille impaciente.—¿Sois aficionado?—añadió por decir algo.

—¡Dios mío! ¡Como todo el mundo! Debo decirlos, señor Rouletabille, que he presentado mi dimisión de oficial, que estoy resuelto a retirarme del mundo, que voy a hacer un largo viaje (Rouletabille pensaba: ¿por qué no partirás ahora mismo?); y antes de marchar he venido aquí para adquirir algunos regalillos que deseo hacer a mis amigos, de los cuales conservaré grato recuerdo; aunque ahora, mi querido Sr. Rouletabille, no tengo grandes medios.

—Sí; parecéis muy afligido.

Boris lanzó un suspiro infantil.

—¡Cómo no!—dijo.—Amaba, y creía ser amado; pero, ¡ay de mí!, no lo era.

—Algunas veces se creen cosas...—dijo Rouletabille, cuya mano seguía fija en el picaporte.

—¡Sí, sí!—dijo el otro, cada vez más melancólico.—¡El hombre sufre! ¡Él mismo se atormenta! ¡Él mismo prepara el suplicio con que—verdugo de sí mismo—se martiriza!

—¡No hay que exagerar, caballero!

—Oídme—imploró Boris con voz mojada en lágrimas.—Vos todavía sois un niño; pero, al fin, sabéis comprender las cosas. ¿Creéis que Natacha me ame?

—Estoy seguro de ello, caballero; completamente seguro.

—Yo también estoy seguro; pero ya no sé qué pensar. Me ha dejado partir sin intentar detenerme, sin decirme una palabra de esperanza.

—¿Y adónde vais así?

—Vuelvo a Orel, donde la vi por vez primera.

—¡Bien, bien, Sr. Boris! Al menos, allí estaréis seguro de volver a verla, porque va todos los años algunas semanas con sus padres. Es detalle que no debéis de ignorar.

—No, ciertamente; y hasta os diré que esa perspectiva es lo que me ha hecho elegir ese punto para mi retiro.

—¡Ya veis!

—Dios no da nada; pero abre sus tesoros, y cada uno toma de ellos lo que puede.

—¡Sí, sí! ¿Y la señorita Natacha sabe que es a Orel adonde habéis resuelto retiraros?

—No tenía ninguna razón para ocultárselo, Sr. Rouletabille.

—¡Muy bien! ¡Perfectamente! ¡No hay que afligirse tanto, mi querido Sr. Boris! ¡No todo está perdido! Hasta diría que divisó para vos un porvenir lleno de esperanzas.

—¡Ah! ¡Si no os equivocáis! Celebro mucho haberos encontrado, y no olvidaré ese cable que me habéis tendido cuando las olas braman sobre mi cabeza. ¡Gracias, caballero!

—¡Adiós, caballero!

—¡Perdón, caballero, perdón! ¡Una palabra todavía! Quisiera preguntaros..., a vos que habéis vuelto a ver a los Trebassof..., que habéis visto a Natacha..., a esa Natacha a quien amo, tan extraña en ocasiones..., que tantas veces me ha rechazado desesperada para volver a llamarme... ¿creéis que si volviera a la quinta?... En fin, ¿qué me aconsejáis?

—Os aconsejo que os vayáis a Orel, caballero, y lo más pronto posible.

—¡Bien, bien! Sin duda tendréis razones para decírmelo. Os obedezco, caballero. ¡Me voy!

Y como se dirigiera hacia la bóveda de salida, Rouletabille aprovechó la ocasión para entrar en el laboratorio del padre Alejo, que estaba inclinado sobre sus retortas. Apenas iluminaba su oscuro trabajo una lámpara mezquina. Se volvió al oír el ruido que hizo el repórter.

—¡Ah! ¿Eres tú, pequeño?

—¿Y bien?...

—¡Oh! ¡No se puede ir tan aprisa! De todos modos, ya he podido analizar las servilletas. ¿Sabes? Estas dos servilletas.

—Sí; las deyecciones. ¿Y bien?... ¡Habla, por amor de Dios!

—*Pues bien, pequeño; se trata también del arseniato de sosa.*

Herido en el corazón, Rouletabille lanzó un grito sordo, y le pareció que todo bailaba en torno suyo una desordenada danza de brujas. En medio de aquellos extraños objetos de laboratorio, el padre Alejo le pareció Satanás en persona, y rechazó sus caritativos brazos, que se tendían a él para sostenerle. En la sombra en que danzaban acá y allá las llamas azules de los crisoles, ágiles como lenguas, creyó ver el espectro de Miguel Nikolaievitch, que gritaba: “¡El arseniato de sosa sigue, y yo ya he muerto!” Cayó sobre la puerta, que se abrió, y rodó hasta el mostrador, donde dió con la frente. Aquel choque, que hubiera podido serle fatal, le despertó de su rápida pesadilla y le devolvió el dominio de sí mismo. Instantáneamente se puso en pie, saltó por encima de un montón de botas y de pingajos, y se precipitó en el patio. Allí Boris tuvo el

atrevimiento de cogerle por la americana. Rouletabille se volvió furioso.

—¿Qué me queréis?—le dijo.—¿Todavía no estáis en Orel?

—Caballero, me voy allá; pero os quedaría muy reconocido si llevarais a Natacha estos objetos. (Y con tal aire de desesperación le mostraba sus dos iconos del monte Athos, que Rouletabille los cogió, se los guardó en el bolsillo, y prosiguió su carrera, gritando: “¡Entendido! ¡Entendido!”)

Una vez fuera, el repórter procuró serenarse, recobrar su sangre fría. ¿Era posible que su error hubiera sido mortal? ¡Ay! ¡Cómo dudarlo ya! *Seguía el arseniato de sosa...* Hizo un esfuerzo sobrehumano para rechazar momentáneamente esta horrible idea: la muerte de Miguel Nicolaievitch inocente, para no pensar más que en las consecuencias inmediatas que era preciso prever, si es que había de evitarse una nueva catástrofe. ¡Ah! ¡El asesino no se rendía! Y aquella vez, ¡qué hecatombe si hubiera triunfado! El General, Matrena Petrovna, Natacha y él, Rouletabille (que en cuanto le concernía casi lamentaba que el atentado se frustrase), y Kuprian; Kuprian, que debía comer con ellos. ¡Qué golpe para los nihilistas! ¡Era excelente! Rouletabille comprendía muy bien por qué no habían vacilado en envenenar a todo el mundo a la vez: *Kuprian estaba allí*. ¡Miguel Nikolaievitch hubiera sido bien vengado!

El golpe falló; pero en adelante, ¿qué no debía esperarse? Por de pronto, Miguel Nikolaievitch no era culpable, *como él lo había imaginado*, y Rouletabille volvió a caer en un abismo sin fondo.

¿Adónde ir? Hacía algunos instantes que daba vueltas alrededor de la Rotonda que sirve de mercado a aquel

barrio, y que es el más bello ornamento de *Aptiekarshi-pe-reoulouk*. Daba vueltas sin advertirlo, sin pararse un momento, sin ver ni comprender cosa alguna. El pensamiento que le embargaba era para él como un potro. Se golpeó la frente, y le pareció que golpeaba una bola de boj. Rouletabille no era ya Rouletabille.